

Sólo uno lo sabe; sabe, para sí, que es real, que *está ahí* esa tercera persona. (“El triángulo”, lo llamaba el actor). Pero el tema no es sólo de teatro, es también moral, político y profesional. El tercer vértice del “triángulo” es posible por la vergüenza.

Quien quiera progresar en su oficio de maestro, que procure ser inteligente, lo más que pueda, me parece a mí; encontrar la manera de mantenerse despejado y en buena forma y enterarse de cosas. Creo que son prácticas necesarias. Pero deberá, asimismo, cultivar la vergüenza; vergüenza de vivir mejor que otros, de no querer ver, de no saber entender a los otros. (No hablo de “sentimientos de culpa”; Freud tuvo razón en buena medida).

Vivir en grupo, fomentando y manteniendo ese sentir con un recordatorio mutuo cotidiano, puede ser una manera. En todo caso, la mejora profesional ha de pasar por la mejora moral; y la esperanza de ésta, no creo que podamos tenerla sin tener cada día algo grave de que avergonzarnos.

2. CUALIDADES DE UN BUEN MAESTRO (TEST?!) Adolfo Palacios

Aquí no se trata de dibujar ideales, sino de discutirlos. Empleo la palabra maestro como podría emplear educador, docente, profesor... A ver qué os parecen estas cualidades, junto a las que ya tiene cada uno:

1. Está en buena forma física, psicosomática. No tiene altibajos que le coincidan con las horas de cara al público. No depende del café para estar bien, ni del tabaco. Procura no tener dependencias ni manías que transmitir: está disponible. No le cuesta ser puntual.
2. Escucha y comprende a los demás, aunque no esté de acuerdo. No aparta la vista para no enterarse, en ningún momento. Le interesa la gente, a ser posible todo tipo de gente. Los demás saben que los entiende. Pero no tiene complejo de sentir indiferencia cuando la siente por algo, así que no la oculta.
3. Se siente movido a ayudar a quienes están en dificultades, incluso aunque ellos mismos no se den cuenta de que las tienen —o de que los está ayudando. Hace lo posible por contagiar este sentido de ayuda e igualdad y reacciona con valentía si se requiere.
4. No depende de sus alumnos, no los necesita, no se cree imprescindible; transmite la idea de que, en buena medida, cada uno tiene y ha de tener su vida propia. Pero enseña a funcionar de manera comunitaria.
5. Sabe moverse tanto en lo políticamente correcto como en lo anticonvencional, y comprende el valor de lo uno y de lo otro. Tiene tacto y sentido de la oportunidad, no dejando que sólo los demás definan qué es lo oportuno.
6. Promueve la libertad, la conciencia y la madurez entre los alumnos, desde ya mismo, pasando por encima de su propia comodidad e intereses.
7. Tiene presente que las personas serán tal vez algún día algo muy distinto de lo que ahora son. Conoce la psicología, conoce la vida.
8. Sabe de los distintos tipos de limitaciones que pueden aquejar a unos y a otros; sabe que pueden tener carácter definitivo, pero también que pueden no tenerlo. Sabe, asimismo, buscar o encontrar la vertiente positiva.
9. Es curioso y mantiene su curiosidad abierta en distintos frentes. Se mantiene respetuoso y comprensivo ante los saberes que no abarca. Le gusta emprender y construir,



pero no deja que el amor a las cosas pase por encima de la consideración a la gente. Sabe, por otro lado, del valor de la quietud y la contemplación, y respeta la abulia y el desorden sin temerlos como un histérico.

10. Tiene facilidad de palabra, lo mismo en el trato personal que frente al público; tiene también dominio del lenguaje escrito. Es capaz de leer libros de cierta complejidad y extensión. Entiende el periódico y los telediaris. Tiene un mínimo de cultura. Y sabe desenvolverse también entre personas de poca cultura y ambientes marginales. No hace acepción de personas, ni deja que se haga.

11. Domina al menos los elementos fundamentales de la materia que imparte, y no se deja condicionar por enfoques heterónomos de la asignatura. Sabe hacer llegar a los demás a lo elemental, y sabe también que algunos acceden a través de los detalles. Procura estar al día, aunque no pierde de vista lo clásico.

12. Se mantiene a cierta distancia de las situaciones (al mismo tiempo que está muy inmerso en ellas), con inteligencia y sentido del humor, promoviendo esa actitud.

13. Sabe funcionar en grupo, bien en el grupo –u organización institucional– ya vigente, o bien contribuyendo a crear vínculos que ve necesarios. Imagina estrategias de influencia, sin manipular. Es cumplidor, como también flexible.

¿Por qué ha de ser así, y no de otra manera, un educador o profesor? ¿De qué depende que prefiramos determinadas cualidades (por ejemplo, éstas), y no otras? ¿Por qué tiene que haber educadores, en absoluto, si al fin y al cabo es una figura relativamente reciente, y de no muy general implantación? Tal vez, porque entendemos la sociedad –la sociedad organizada– como algo que *tiene que existir* y tenemos una idea de cómo han de ser las personas en esa sociedad. Pero esto bien puede ser cuestionado por cada uno... en su familia, en su clase social, en su tribu, o en sí mismo...

